



## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración del acto primero. Han pasado pocos minutos desde que aquél terminó. La escena presenta el mismo aspecto.

### ESCENA PRIMERA

EL SEÑOR MIGUEL y el VENTERO

VENT. (Como hablando desde el arco de la izquierda con Blas, que en el patio contiguo se hallare.)  
¿Sí? ¿Le dejasteis tranquilo, señor Blas? Pues esa misma que ya tocáis es la puerta de vuestro cuarto. En seguida á descansar, y repose de congojas y tollinas.  
(Como replicando á algo que Blas le dijera.)  
¡Yal ¡Yal ¡Justo! ¡Buenas noches!  
(Volviéndose.)  
¡Gracias á Dios!  
(Viendo al señor Miguel, que permanece hacia el fondo derecha, como abstraído)  
¿Qué? ¿No aspira también el señor hidalgo á dormir?  
(Por el arco y ventanal de la izquierda va llegando claridad de luna)  
Sr. MIG (¡Buena hidalguía la que luzco!) No. Con tal

de que así me lo permita,  
mientras duermen todos, yo  
velaré.

VENT. ¿Si? ¡Las manías  
contagian!...

SR. MIG. ¿Quizá os enoja  
con ello?

VENT. Si las vigili-  
as prolongadas os complacen,  
¡por mí!... Tenéis encendida  
buena lámpara, la luna,  
que ya se remonta aprisa,  
y que ha de encantar muy pronto  
las soledades sombrías  
de aquestos patios. Allá,  
(Señalando hacia la segunda derecha.)  
las lanas tenéis, mullidas,  
del propio costal que anoche  
vos sirvió de cama tibia.  
Junto al pozo lo pusieron.  
Conque haced ya lo que os pidan  
vuestros gustos. Los tres patios  
vuestros son.

SR. MIG. Pasos arriba,  
pasos abajo, transcurren  
luengas horas sin fatigas.  
Con más. La noche, tan buena,  
parece como que invita  
á soñar despierto. Mire  
su merced cuán bella y límpida  
la bóveda azul.

VENT. ¡Lo dicho!  
Ya os contagiaron las pícaras  
extravagancias del loco.

SR. MIG. Dejad al loco... y bendiga  
Dios sus locuras. Sentid  
la templanza, tan benigna,  
del aire mismo, y decidme  
si no es torpeza clarísima  
la de privarse de tanto  
bienestar, de tanta dicha.

(Todo va diciéndolo el señor Miguel con tono entre  
burlón y grave.)

VENT. Pues, hasta mañana, y parle

con los astros, que le miran,  
cuanto se le ocurra, siempre  
que entre sueños no perciba  
yo vuestras voces.

SR. MIG. Dormid  
de manera bien tranquila.

VENT. (Cerrando la puerta del fondo.)  
Cierro, pues. Los campos huelen  
á gloria.

SR. MIG. Les son propicias  
estas noches del verano,  
y al sentir cómo la brisa  
los besa, les pagan ellos  
con aromas.

VENT. ¡Peregrina  
suposición!...

(Recogiendo las luces.)  
Los candiles  
recojo, ¡y abur! Prosigan  
soñando en paz.

SR. MIG. ¡Qué adorable  
paz! ¡Qué suprema delicia!

VENT. (Aplicando el oído hacia el patio de la izquierda.)  
Al loco no se le siente.  
¡Ni respirar!

SR. MIG. ¡La divina  
gracia del Señor nos guarde!

VENT. Muy buenas noches

SR. MIG. (Saludándole con afectada reverencia.)  
¡Bonísimas!

## ESCENA II

EL SEÑOR MIGUEL. Un PASTOR, dentro. Otra voz, ésta de mujer,  
también dentro

SR. MIG. Dígalo trescientas veces,  
y otras tantas lo repita.  
La noche, por ser tan dulce,  
tan apacible, convida  
al ensueño, no turbado  
por el sueño. ¿Dormiría  
tampoco, solicitada

mi atención — en ella fija—  
por la admirable figura  
de don Alonso?... (Pausa.)

Ya brilla,  
tal como dijo el Ventero,  
la luna.

(Mira hacia la izquierda. Va llenándose el patio de luz  
de luna.)

Nube plomiza  
parece como que quiere  
matar su luz. ¡Ah, enemiga,  
funesta nube! Mas, no;  
que la luna te disipa.

(Pasándose la mano por la frente.)  
¡Don Alonso! ¡Don Alonso!  
¡Vuelvo á ti! No se te olvida  
tan fácilmente... ¡oh, dechado  
de singular bizarria!

PASTOR

(Cantando dentro.)  
Luna llena, luna blanca.  
¡Tienes la cara tan dulce  
de la mi novia, tan guapa!

—  
Su misma frente,  
que es á mis ojos  
como de nieve.

—  
¡Su misma cara,  
que es á mis ojos  
como de plata!

—  
¡Dios te bendiga,  
la luna llena!  
¡Dios te bendiga,  
la luna blanca!

—  
SR. MIG. Vayan con Dios los pastores,  
que voces gastan pulidas...  
(Suenan dentro las esquilas de un rebaño.)  
Vayan con Dios los rebaños,  
al sonar de sus esquilas,

bajo la luz de la luna  
y en la paz de la campiña.

—  
PASTOR (Cantando dentro, como alejándose.)  
Su misma cara,  
que es á mis ojos  
como de plata.

—  
¡Dios te bendiga,  
la luna llena!  
¡Dios te bendiga,  
la luna blanca!

—  
OIRA VOZ (De mujer, que canta dentro, también á lo lejos.)  
Quien busque seguidillas  
venga por ellas  
donde canten sus coplas  
mozas manchegas.  
¡Mozas galanas!  
¡Vivan las buenas mozas!  
¡Viva la Mancha!

—  
SR. MIG. Cantos alegran la noche,  
(sonriéndose.)  
magüer el Ventero. ¡Viva  
la Mancha, linda manchega,  
pues eres, sin duda, linda!  
¡Viva la Mancha, que, al cabo,  
mis graves penas alivia,  
bajo cielo bien amable,  
dentro venta bien amiga!  
¡Viva, pues la Mancha ilustre!  
¡Con todo! Con sus tan ricas  
llamadas; con los sus trigos;  
con las sus vides, de opimas  
grandes uvas; con sus huertas,  
bien cercadas; con sus villas,  
por los sus campos á solas,  
bajo sus cielos tendidas;  
con sus ilustres molinos;

con las sus aspas que giran,  
y giran, tan obedientes  
á los vientos y á las brisas...  
¡Quién la pintara de modo  
singular!... ¡En copia viva!  
Mas.. ¿quién l'ega? ¿Qué pisadas?...  
(Sonriendo y mirando hacia la izquierda.)  
¡Justo Dios! ¡Virgen Santísima!

ESCENA III

EL SEÑOR MIGUEL y DON ALONSO. Preséntase don Alonso por la segunda izquierda, destocado, sin armas y con visible inquietud

D. ALON. No, no podré dormir. Está encantado el tal castillo. Mágica, redonda, luciendo tanto la hechizada luna, prodigios tales del encanto dobla. ¿Qué voces me persiguen? ¡Oh, tremendo rechinar de cadenas! ¡Ah, congojas las que adivino! ¡Me llamad, los tristes que lloréis en cavernas y mazmorras!

(Pausa.—Transición.)

¡Nada ya! Ya tan sólo, luz amiga, silencio bienhechor, paz venturosa.

Sr. MIG. (Yendo á él.)

Los encantos, oh, amigo!, solamente lo son para el mortal que los evoca.

D. ALON. (Después de mirarle un momento.)

Ya no me extraña veros, encontraros, siempre á punto, pardiez.

Sr. MIG. ¡Linda lisonja!

D. ALON. La voz habéis del ángel de mi guarda. Sois para mí, como fraterna sombra. Como la luz del sol, que rompe, viva, nublado terco de marañas torvas. Como la lluvia que las ondas calma del bravo mar que alborotó sus ondas. Turbado vine. Me aplaqué de pronto. Buscaba la razón de tal dichosa mudanza singular, y os ví. Con veros, ciertas razones adquirí de sobra.

Pues sois, para mi bien, con pruebas hartas, ángel y sol, y lluvia bienhechora.

Sr. MIG. Soy, nada más, afecto, simpatía y estimación. ¡Cuál habla! ¡Cuál razona... sin razonar! Mas, todo noblemente; pensando bien.

D. ALON. • Los que en fatales horas al culto de lo grande y de lo bello rendimos, sin dudar, el alma toda; los que somos esclavos, siempre esclavos, que á la verdad, por convicción se inmolan; los que habemos razón eternamente contra el vulgo sin ley que nos acosa, no solemos hallar, cuando al encuentro nos sale el mundo con audacias locas, —el mundo, torpe y vil, todo injusticias y demencias y errores, ¡cieno y prosal,— lo que en vos encontré: juicio tan claro, bondad tan pura, discreción tan pronta. Comprended en razón...

Sr. MIG.

D. ALON. (Sorprendido.) ¿Es que discurro sin razón, por acaso?

Sr. MIG. Sustos, cóleras, os trastornaban á la par, ha poco.

D. ALON. (Más sorprendido cada vez.) ¿Sustos yo? Quien siquiera lo suponga me ofende ya. ¿Se os olvidó, tan presto, cómo desbaraté falanges moras hoy mismo?

Sr. MIG. Sólo quise recordaros que toda calma para vos es poca; porque sois, á mi ver, llama radiante que, por serlo, si brilla, se devora, ¡de su propio brillar!

D. ALON. (Intranquillo.) Con eso y todo, no cede la inquietud que me trastorna. Grande suceso, ¡no se cuáll, se engendra, bajo la luna, para mí. Ya flota su vago influjo por el aire vago, y en mí se impone, con angustia sorda. ¿Feliz será? ¿Funesto?

Sr. MIG. No lo dude. Será feliz. Son nuncios de victoria esta paz del ambiente sosegado;

este grande silencio, que enamora;  
ese fulgor, tan claro, de la luna,  
más rutilante que el de mil antorchas.

D. ALON. Tal vez hayáis razón. Quizá me aguardan  
nuevo bien, nuevo triunfo, nueva gloria.

SR. MIG. ¡Nuevos laureles!

D. ALON. ¡Nuevas bienandanzas,  
de las que al sol, entre su luz, remontan!  
(Transición.)  
Mas... advertid. ¡Encapotóse el cielo!  
(Se ha extinguido súbitamente el resplandor de la  
luna.)

SR. MIG. Es una densa nube, nube sola...

D. ALON. ¡Nube funesta para mí surgida!

SR. MIG. ...que sus fulgores á la luna roba.

D. ALON. Cambian, pues, los anuncios venturosos.  
Ved cuál cunden negrísimas las sombras.  
(La escena ha quedado asaz á oscuras.)

SR. MIG. Pero, ved...

D. ALON. ¡Los prodigios continúan!

SR. MIG. ¡Quizás predican la llegada próxima  
del suceso feliz!

D. ALON. ¡Leve murmullo  
no sentís á la vez?...  
(Aparece Maritornes por la segunda izquierda, andando  
candelosamente, pero con torpeza, de modo que produ-  
ce algún ruido.)

### ESCENA IV

#### DICHOS y MARITORNES

SR. MIG. (Distinguiendo el bulto.)  
(¡Cielos!)

MAR. (A tientas.) Cristóbal...  
(Quizá no puede remontar la cerca  
del corralón.) ¿No estás?...

SR. MIG. (¡La pingajosa!)

D. ALON. (Muy satisfecho)  
¿Quién es quién á mi encuentro se adelanta  
con un olor tan grato? ¿Quién me nombra?

SR. MIG. (Jubiloso.)  
(¡Más no pude pedir!...)

MAR. (Asustada.) (Bultos y voces...  
¡Cielos!... ¡Favor!)

D. ALON. (Yendo hacia ella y con alegre asombro.)  
Sin duda, la fermosa  
castellana—¡pardiez!—que en busca viene  
de mí, que soy su dueño...

SR. MIG. (Retirándose hacia el fondo.) (¡Siga, corra,  
la aventura feliz!)

MAR. (¿Qué es lo que haría?)

D. ALON. (¡Sí que es suceso dino de memorial!  
(Viéndola más cerca.)  
¡Llega! Llega, por Dios.

MAR. (Reconociéndolo.) (¡Jesús, el loco!)

D. ALON. ¿Por qué tal susto, que la voz te roba?  
(Tomando una de las manos.)  
Mas, ¿qué llevo á mirar? (Es la Princesa.  
La castellana, no. ¡Me buscan todas!  
¡Castellana también, si bien lo miro!...)

MAR. (¡Muerta soy! Mas, ¿quién grita ni alborota?...  
¿Qué pensarán de mí?)

D. ALON. Quema tu mano.  
Quema el aliento de tu virgen boca.  
(Llevándola dulcemente á primer término.)  
Castellana, también; mi castellana  
siempre, por siempre, para mí... ¡Me arrobas  
en dulcísima paz!... Ven, que te mire;  
ven, y digamos nuestro amor á solas.

MAR. (Suspirando hondamente.) ¡Ay!

SR. MIG. (Por don Alonso.)  
(¡Ni mira, ya, si miro!)

D. ALON. (Enagenado.)  
Mi Princesa,  
me embelesa,  
por amable, tu suspiro.  
Castellana,  
tan gentil y bondadosa;  
tu belleza es soberana,  
y tu aliento huele á rosa.

MAR. (¡Dios me ayude!)

D. ALON. ¿Dejarás que te salude  
con un beso?

MAR. (Procurando desasirse.)  
¡No!

D. ALON. ¿Qué es eso

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1880. 1025 MONTERREY, MEXICO

me preguntas? ¡Oh, pudor  
peregrino!

Cielos puros: ¡qué favor  
me otorgais con este amor  
que ponéis en mi camino!

MAR.  
No me mire  
de ese modo; no suspire  
tales cosas...

D. ALON.  
¡Oh, dechado  
de primores,  
con que el Hado

ya me libra de rigores!

¡Oh, mi rosa,  
toda luces; castellana  
más preciosa

que la luz de la mañana!

SR. MIG.  
(Sigue, sigue.)

MAR.  
(Muy alarmada.) No merezco...

D. ALON.  
Yo agradezco  
tus favores,

por tu amor enamorado.

¡Y que acudas á mi lado  
requiriéndome de amores!...

Buen señor...

MAR.

D. ALON.  
Y ya que osada,  
por tu anhelo trastornada,  
bien lo dícesme, pues vienes,  
y á tu lado me retienes,  
no presumas de maldad.

Ve que en ti mi amor se mira.

No me arguyas que es mentira

lo que miro que es verdad.

Es que...

MAR.

D. ALON.  
¡Calla! ¿Qué te inquieta?

Ve cuál todo nos respeta,

con amor en nuestra cita,

por el mismo amor bendita.

Ve la luna, cuán discreta

se recata.

Ve, cuán quieta

no tus impetus delata.

No te tornes ora triste.

No te asustes de tu amor.

Pues en un gran amador

lo pusiste.

Pues amor así te puso...

como es uso;

pues amor así te prende,

pues amor así te enciende,

¡pues te torna tan felice,

venturoso de tu empresa!...

¡no lo espantes! ¡Lo bendice,

mi Princesa!...

Ve, repito. Ve que amor

es del cielo gran favor.

¡Es fortuna

más preciada que ninguna!

Ve que todo cuanto existe

á su influjo tentador

no resiste.

No resístele la flor,

que le da su fino aroma.

Bien lo expresa, con temblor

de su pecho, la paloma.

Surge el agua de la fuente,

por la cumbre, tan aprisa;

corre luego la pendiente

con tan grata, loca risa,

porque sabe que las flores,

en el valle peregrino,

solicitan sus amores

de continuo.

¿Ves la luna que á las veces,

sobre dulces palideces,

luce tonos de arrebol?...

¡Es que muestra su embeleso,

conmovida por el beso,

por los besos de su sol?

Lindas aves, ¿no gorgean?

¡Del amor que las conmueve,

porque, al fin, felices sean!

¡Porque amor todo lo mueve

de algún modo!...

¡Porque amor lo hechiza todo!

Y es por eso, reina mía,

que al volar con alegría

todo céfiro suave,

va diciendo,—por la flor,

por la fuente, por el ave

que le infunde su temblor,  
por la luna refulgente...  
¡cual por todo!...—sólo un canto  
bienhechor;

que es dulzura, y es encanto,  
voz y trino, risa y llanto,  
¡y en resumen sólo amor!

SR. MIG.

(¡Oh, la loca fantasía!)

MAR.

Bien está, mas ya me deje..

D. ALON.

Ni aun por Tisbe,— ¡no se queje  
si nos vel,— te dejaría.

Si mi Tisbe te mirara,  
comprendiera

que es razón que el alma entera  
deposite, cabe el ara,  
bajo el trono rutilante,  
más feliz á cada instante,  
dende brillas.

No presuman las estrellas  
donde estás. ¡Se eclipsen ellas!

¡Eres sol, y maravillas!

(Va volviendo á lucir el resplandor de la luna.)

¡No!

MAR.

D. ALON.

Repara.

Ya la luna, tersa y clara,  
rompe el nublo, tan funesto,  
que su luz aprisionara,  
y á mirarte vuelve presto.

Ya, vestidos

por su luz tus mil primores,  
aparecen más lucidos  
y mejores.

(La luz de la luna inunda de nuevo el patio y baña las  
figuras de don Alonso y Maritornes.)

Pero...

MAR.

D. ALON.

(Imitándola galantemente)

Pero...

MAR.

¡Basta ya, buen caballero!

SR. MIG.

(¡No!)

D. ALON.

Sus leves resplandores,  
con tan dulce brillo, blando,  
van tus gracias singulares  
destacando,  
por que luzcan ejemplares.

Esos límpidos cabellos,  
finos, bellos,  
en que rizan sus destellos.

(Maritornes sonríe. Las mentiras lisonjeras de don  
Alonso van haciendo impresión en su ánimo, de mujer  
zafia, pero de mujer al fin.)

Esa frente

que es de mármol reluciente.

Y esa boca, tan sedienta  
de regalo; colorada  
como seno que revienta  
de granada.

Y ese cuello, modelado  
por un ángel ciertamente...

Y ese busto, no tocado  
de mortal, seguramente.

¡Reina mía:

ya prescinde

para mí de hipocresía,

¡y á mi loco amor te rinde!

Yo proclamo,

cabe el cielo que nos ve,

(Alza la voz.)

toda el ansia de mi fe,

de mis ansias. ¡Amo y amo!

¡Dí lo propio!

SR. MIG. (Prestando atención hacia segunda derecha.)

(Juraría

que alguien viene... Si el Ventero...)

D. ALON.

¡Dí lo propio! ¿Todavía

no te ablandas?... ¡Dí!

SR. MIG.

(¡No quiero

ni pensarlo! ¡Voy!...)

(Sale por la segunda derecha.)

MAR.

(A quien, como se ha dicho, han ido conmoviendo de  
modo notable las alabanzas que le ha prodigado don  
Alonso.)

(Demente

no ha de estar de tal manera

que se engañe ciegamente.

Sólo dice... lo que viera.

Pasa acaso de lo justo...

Mas, es cierto... ¿quién tuviera

ya ni dudas?... que le gusto.)

D. ALON. ¿Qué cavilas?  
¡Ah, qué fuego  
resplandece en tus pupilas!  
¡Parla luego!..  
¿Te convences ya?  
MAR. (¡Si el Hado  
lo dispone!)  
D. ALON. (¡Poco á poco,  
ya se entregal)  
MAR. (¡Bien mirado,  
si le gusto, no es tan locol  
Dice cosas  
que ese sançio no me dijo  
nunca, nunca. ¡Qué preciosas!)  
D. ALON. (¡Ya colijo  
cierta y grande mi ventural)  
Deja, deja  
que te abrace la cintura.  
(Abrazándola suavemente.)  
(¡Ni una quejal)  
MAR. (¡Qué ternural)  
¡Caballero!  
D. ALON. (Imitándola, como antes.)  
¡Caballero!  
(Ya trastórnanse sus ojos.)  
Di, Princesa. Dime antojcs.  
MAR. ¡¡Sí que os quiero!  
D. ALON. (¡Qué victoria!  
¡Qué beldad se me ha rendido!)  
MAR. (¡Qué señor tan bien pulidel  
¡Huele á flores!)  
D. ALON. (¡Huele á gloria!)

ESCENA V

DICHOS, el ARRIERO. Después el VENTERO, BLAS, TOMASA  
y el CUADRILLERO

SR. MIG. (Por la segunda derecha y mirando hacia la segunda  
izquierda.)  
Sí que viene... ¿Quién?  
ARRIERO (Por la segunda izquierda, viendo á Maritornes en bra-  
zos de don Alonso.) ¿Qué miro?

D. ALON. ¿Quién?  
MAR. ¿Quién? ¡Jesús!  
(Escapando de don Alonso.)  
ARRIERO (A Maritornes.) ¡¡Ay, de tí!  
MAR. ¡Ya te diré!  
ARRIERO Vé y abrázale  
nuevamente...  
D. ALON. ¿Qué decis?  
ARRIERO ¡Perra, perra! (Yendo hacia Maritornes.)  
SR. MIG. (Deteniéndole.) ¡Poco á poco!  
ARRIERO ¡Te he de ahogar! ¡Falsa! ¡Por vill!  
D. ALON. (¡Cuál pavoroso gigante!  
¡Cuál tremendo paladin!)  
SR. MIG. ¡Calle, por Dios!  
MAR. (Al Arriero.) ¡No te aloques!  
ARRIERO ¡Te he de hacer cachos!  
D. ALON. (Llamando) ¡A mí!  
¡Blas! ¡Blas! ¡Mi yelmo! ¡Mi espada!  
¡Callen!  
SR. MIG. ¡Perra!  
MAR. ¿Yo?  
ARRIERO (A don Alonso y siempre contenido por Miguel.)  
¡Malsin!  
¡Rufián!  
D. ALON. ¿Yo?  
VENT. (Por la segunda derecha.)  
¿Qué es lo que ocurre?  
TOM. (Por la primera izquierda.)  
¿Qué sucede?  
ARRIERO (A don Alonso.) ¡Vos!  
D. ALON. ¡Venid,  
todos! ¡Guerreros y mozas!  
BLAS (Que acude por la segunda izquierda.)  
¡Señor! ¡Ay, señor!  
VENT. ¡Por fin,  
un nuevo y mayor tumulto!  
D. ALON. ¡Ya sabréis!  
CUAD. (Por la primera derecha. A don Alonso.)  
Pero, ¿es que aquí,  
des que vos habéis llegado,  
no se puede ni aun dormir?  
(Todos los personajes que ahora han llegado, y de  
modo más notable el Ventero y Blas, han aparecido á  
medio vestir.)



(A don Alonso.)  
 Parle ya, porque concluya  
 tan estupendo trajín.  
 VENT. Salga, mejor, de la venta,  
 y en seguida.  
 ARRIERO (Mas furioso cada vez.)  
 ¡Salga sí!  
 (La actitud, los sentimientos de cada personaje, se van  
 acentuando, durante el diálogo que sigue, de modo  
 muy vivo.)  
 MAR. ¡Mi Dios!  
 D. ALON. ¡Y torna que dale  
 con la venta!  
 ARRIERO (sin quitar la vista de don Alonso.)  
 ¡Malandrín!  
 D. ALON. Pues digo yo: que vagando  
 por estos sitios, feliz,  
 mientras la luna velaba  
 su blanca luz, ví venir  
 á mis brazos la figura  
 de una doncella gentil...  
 ARRIERO ¡Miente!  
 CUAD. ¡Chito! ¡Yo tan sólo  
 juzgaré!  
 D. ALON. ¡Vila surgir  
 entre las sombras...  
 CUAD. ¡Al grano!  
 D. ALON. ...cándida, leve, sutil.  
 ¿Fué la bella, joven hija  
 del castellano?...  
 VENT. ¡Mentís!  
 TOM. ¡Miente, padre!  
 D. ALON. ¡Preguntabal  
 ¡No afirmabal! (Por el Ventero.)  
 ¡Qué mastín!  
 No, no era tal. ¡Ya lo digo!  
 VENT. ¡Bien hacéis!  
 D. ALON. No su perfil  
 el que mostraba en las sombras  
 sus encantos, para mí.  
 CUAD. ¡Que al grano, digo!  
 D. ALON. Llegaba  
 la Princesa, (señalando á Maritornes.)  
 flor de Abril;

¡si anhelante, pudorosa!  
 ¡Por su honor lo diga así!  
 ¡¡Por su honor!!  
 ARRIERO ¡Cristóbal!  
 MAR. ¡Calla!  
 VENT. ¡Calla!  
 ARRIERO ¡Qué descarado mentir!  
 ¡Por su honor! Y entre los brazos  
 de tal vejete la vi...  
 D. ALON. ¿De quién?  
 TOM. ¡Maritornes!  
 VENT. ¡Eso  
 ya es otro cantar!  
 D. ALON. ¡Venis  
 con imposturas!...  
 SR. MIG. ¡Sosiéguese!  
 VENT. ¡No, no lo dudo! La muy ..  
 D. ALON. Y en tal punto,—ya la luna  
 brillaba, con rayos mil,—  
 un espantoso gigante  
 surgió, sagaz, por allí.  
 (Señalando á la segunda izquierda.)  
 VENT. ¡Qué gigante!...  
 ARRIERO ¡Yo! Que, al cabo,  
 ya os tornaré de carmín  
 esa... faz.  
 BLAS (Que no cesa de temblar.)  
 ¡Ay, don Alonso!  
 ¡No doy un maravedí  
 por vuestra cara!  
 D. ALON. ¿Qué ha dicho?...  
 ¿Cómo pudo proferir?...  
 (Echando mano á la espada, que no lleva.)  
 ¿Dónde mi acero? ¡Mal rayo  
 me aniquile! (A Blas.)  
 ¿Dónde? ¡Dí!  
 VENT. ¡Basta!  
 SR. MIG. ¡No! ¡Prosigan!  
 CUAD. (Con voz de trueno.) ¡¡Basta!!  
 ARRIERO ¡Sobra, deberéis decir!  
 TOM. ¡Padre!  
 MAR. Señor tan bondoso,  
 ved que...  
 BLAS (Al Arriero.) ¡Por piedad! ¡por mi  
 siquiera!...

(Tomasa implora á su padre, Maritornes al Cuadrillero y Blas al Arriero.)

VENT. ¿Sin escarmiento se quedara?

TOM. Ved que al fin es que delira.

CUAD. (A Maritornes.) ¡Tenéis que pagarlo!

MAR. Permitid que os advierta...

ARRIERO (A Blas.) Ni mi agüelo me forzara á desistir.

D. ALON. Todos parlan y ninguno por lo visto da en el *quid*.  
(Continúa el juego escénico indicado, cada vez más vivo.)

TOM. (A su padre.) Ved que el enojo pudiera sofocaros.

BLAS (Al Arriero.) San Crispin, que es mi patrón, os pagara con creces.

MAR. (Al Cuadrillero.) No presumí que mi farsa...

CUAD. ¡Linda farsa!

TOM. Padre... ¡mi padre!

SR. MIG. (Cada vez más complacido.)  
(¡¡Seguid!!)

BLAS ¡Señor!

MAR. ¡Señor Cuadrillero!

VENT. ¡No!

ARRIERO ¡No!

CUAD. ¡Que no!

TOM. ¡Sí!

BLAS ¡Sí!

MAR. ¡Sí!

VENT. ¡Salgan!

ARRIERO ¡Mueran!

CUAD. ¡Paguen presto sus culpas!...

D. ALON. ¡Me valga el Cid!  
¡Estos, estos son mis trances!  
¡Ni los mismos de Amadís!  
¡Todos, todos, menos yo,  
se han vuelto locos aquí!

SR. MIG. ¡Gracias á todos! ¡Las gracias!  
¡Bien lo hicisteis! ¡Gracias mil!)  
(Pausa.)

D. ALON. (Con voz estentórea.)  
Entren en razón, ó todos luego tendrán que sentir.

CUAD. ¡En nombre de la Justicia, callad! (Al Ventero.) Y vos, me servid.

ESCENA VI

DICHOS y la SOBRINA, el CURA, el AMA y el BARBERO

BARB. (Dentro y lejos, hacia la izquierda.)  
¡Ah, de la venta!

D. ALON. ¿Más trasgos?

CUAD. ¡Vive Dios!

CURA (Dentro, lejos también y por el mismo lado.)  
¡Ah, de la venta!

D. ALON. ¡Las voces ya del castillo trascienden á sus afueras!

VENT. Todos aguardad. Dios quiere premiar al fin la prudencia de todos.  
(Viendo que el Arriero se abalanza contra Maritornes, y deteniéndole.)  
¡Quieto! ¡Cuidado conmigo! ¡Después!...

CUAD. (Al Ventero.) ¿Quién llega?

VENT. Los sus parientes y amigos que le buscan.

BLAS (Que no cesa de temblar.)  
¡Virgen buena, sálvanos!

BARB. (Dentro más cerca.)  
¡Señor Ventero!

VENT. (Yendo á la puerta del fondo y abriéndola.)  
¡Pasen ya!  
(El campo aparece también iluminado por la luna.)

D. ALON. Las voces ésas no desconozco.

CUAD. ¡Si al cabo